

Sobre el descenso del Parsano y la evocación de Clío: un acercamiento a la obra de Heródoto de Halicarnaso

Vidzu Morales Huitzil



E'ekatl (Viento)
Vocablo náhuatl



Foto 1

Con ello, Heródoto concibe la extensión y la grandeza de la voluntad humana manifestada en los pueblos del sur del Mediterráneo, Asia, y el norte de África, y por esto, él se elevó sobre los logógrafos por la “extensión y la grandeza de su materia: no pretendía contar historias locales, sino la más grandiosa lucha de los pueblos desde la guerra de Troya” (Hoffmann y Debrunner, 1973: 173).

Desde que la Historia, evocada por los labios de Clío, fue percibida como un acto más humano que divino, nació la discusión de quién merecía el privilegio de ser considerado el primer hombre en deleitarse con los cantos evocados por la hija de Mnemósine, en otras palabras, ¿quién fue el padre de la Historia? ¿Es acaso Heródoto el primer historiador? Se afirma tal aseveración, empero, muchos historiadores han renegado de la vitalidad humana en la obra de Heródoto y, como Tucídides, lo reducen a un simple λογόγράφος¹ (logógrafos- escritor de prosa, compositor de discursos, logógrafo). Con ello, distinguidísimo lector, séame de su benevolencia para brindar algunas consideraciones, no con el fin de encumbrar a Heródoto con una distinción merecida, puesto que su escrito es clásico e impercedero

¹Nos referimos al término λογόγράφος, que Raffaele Cantarella utiliza en su obra *La Literatura – Griega Clásica*, como aquel, que siguiendo la tradición jónica introduce la genealogía de la familia gobernante en la historia teocrática, utilizando un estilo en prosa, pero desprovisto de sentido crítico (Véase Cantarella, 1971).

con el tiempo (¿qué debo yo mostrar en este punto?); sino para desdeñar las acusaciones péfidas y el hablar frecuente que desestiman lo perpetuo, y aún peor, lo perenne.

Pero, ¿Heródoto qué concibe por Historia?, para aclarar este punto tenemos que comprender que el sustantivo ἱστορία (historía) ya se admitía como un resultado, una narración, un conocimiento o como el resultado de una indagación, y a partir de Heródoto, se le adjudica un nuevo significado: investigación histórica (no negamos que la Historia tenga las acepciones anteriores). A su vez, este sustantivo es enriquecido por el verbo ἱστορέω (historéo – interrogar, preguntar, viajar, contar una narración). Historia “significa la exploración de mundos extraños, singulares y misteriosos, así lo concebía Heródoto” (Jaeger, 1980: 5), pero podríamos agregar a esto, que no son sólo condiciones geográficas, sino que es el andar humano, es una afirmación de las virtudes y el palpitar de los hombres en las guerras médicas; así, en la prosa de los *Nueve Libros de la Historia*: Keres (muerte), Marte (guerra), Apolo (justo medio), Némesis (sanción a la desmesura), Atenea (sabiduría) y Clío (Historia), confluyen en las arenas de Cronos (tiempo). Este estilo en Heródoto devino al ser permeado por el teatro griego, del que tomó la capacidad de confrontar dos posiciones para que el expectante pudiese “formar conciencia y guiar sus acciones ante el problema moral que se plantea” (Martínez, 2014: 36).

A su vez, nuestro historiador fue resuelto a percibir el ingenio de Anaximandro, “para quien el fondo inagotable de donde todo procede y a donde todo retorna en el devenir y perecer de todas las cosas es el ápeiron” (Heródoto, 2011: xx). Por lo que Anaxi-

mandro “sugiere que el cambio tan solo es explicable si existe verdadera oposición. Tal es el sentido de las palabras justicia e injusticia” (Xirau, 2010: 29). Este concebir del ἀπειρος (apeiros – inmenso, ilimitado, innumerable), permite forjar un mundo de orden y contradicciones a Heródoto; esto es, que lo mudable se contiene en el adverbio περί (perí – limitado, sobrecoger un todo), por medio del tiempo y la historia. En la obra de Heródoto confluyen infinidad de actos que son armonizados en la música (Euterpe), con giros cómicos (Talía) aflorando la tragedia de los hombres (Melpómene), evocados con sonoridad y vivacidad métrica (Erato), rememorados en la elocuencia de los oradores (Calíope), encomiados en los himnos (Polimnia), percibidos en su resplandeciente inmortalidad como las estrellas (Urania), y entrelazados en el tiempo por su heroicidad, retumbando así, en los ecos más recónditos del alma (Clío). De esta forma la tarea de Heródoto, es introducir la gloria y las desgracias que fluyen en las arenas del tiempo, coincidiendo en un escenario común para todos los hombres: la guerra. Así se iniciaba una lucha, evocada en territorios conocidos o inhóspitos por la “libertad como expresión de la verdad en la historia [...], para expresar por medio de los griegos la libertad y el concepto de hombre libre” (Ramírez, 2008: 52).

La deliberación humana es fundamental, ciertamente la figura teocrática mediada por el oráculo es indispensable, empero, no se hace a un lado la fuerza deliberativa humana que brilla como halo divino frente al escenario sombrío que se avecina. Con ello lo que desea nuestro historiador, es que los actos humanos no caigan en el olvido, que precisamente eso es la verdadera muerte y no como común-

mente se cree que es la finitud fisiológica. La guerra de Troya, el reinado de Ciro, los combates de Cresos, las desdichas de Atis, los actos punitivos de Astiages, el homicidio fallido de Hárpago, las campañas militares de Darío, la afrenta de Jérjes, y la muerte de Mardonio, es lo que abre paso a los actos memorables en las guerras médicas, v.g. Termópilas o Salamina.

Pero egregísimo lector, no dejemos este escrito como una prosa épica en su totalidad, sino que debemos reconocer que en ella existe una cierta crítica a las fuentes (Heródoto en ciertos pasajes pone en duda diversas versiones que ha escuchado), pero estos testimonios le permiten darle forma a su narrativa histórica, cincelandos así en el frontispicio de la Historia, la αἰτία (aitía – causa) de los acontecimientos. Con ello deja entrever su filosofía de la Historia, puesto que no es una simple concatenación de hechos sin reflexión alguna, sino que es la confrontación entre la ὑβρις (hybris – impetuosidad, altanería, soberbia, desenfreno, testarudez) y la ἀρετή (areté – virtud, excelencia, valor, nobleza) en un plano histórico con el fin de coronar la libertad humana. Aunado al prevenir la desmesura en la fortuna y la desgracia por medio de la φρόνησις (frónesis – prudencia, sensatez, cordura, temple, sabiduría), ¿esta es una de las razones por la que la obra parece inconclusa! Pero nada más ajeno al pensamiento de Heródoto, debido a que su planteamiento es excepcional y encarna una postura de vida²

²Nos referimos a la postura de vida que tiene Heródoto como una apuesta por la libertad, que se entrevé en la obra de Albert Schlögl Heródoto, cuando en el año 460 a.C. gobernaba en Halicarnaso el tirano Ligdamis, contra el que se fue generando una creciente resistencia política. En los consiguientes disturbios, cercanos a guerra civil, unas versiones dicen que Heródoto se reclusó o fue exiliado a la isla de Samos. A mediados de los años cincuenta, volvió probablemente a Halicarnaso para participar en el derrocamiento definitivo del tirano (Véase Schlögl, 2000).

con fe en lo venidero (de ahí que no sea irresuelto su trabajo), donde se entrevé una fuerte percepción de la tiranía humana, tanto perdida como desdeñable; y a su vez es un llamado a la esperanza y a la aseveración que el hombre puede, y debe, entregar su vida a la virtud para alzarse contra los visionarios del avasallamiento humano. Heródoto, con el concluyente trazo de su escrito, deja permisible la lucha entre la ὑβρις y la ἀρετή con el fin de que cada generación, cada hombre que germina, tenga un compromiso con los interfectos, con sus iguales y con los venideros.

Esta postura de vida, permite reflexionar a Heródoto para replegarse de la Historia teocrática, no para destruirla, nuestro historiador no forja el arma heféstica para derruir a las Moiras, sino que como un Prometeo, devela la voluntad humana que se esclarece en los anales de Clío. Esto es, se aleja de la historia teocrática donde la humanidad no es un agente, “sino que es parcialmente un instrumento y parcialmente un paciente de la acción que se registra en la serie temporal” (Collingwood, 1988: 24). La historia, por lo tanto, se devela como el gran escenario donde los pueblos confluyen en su acontecer, se vuelve en una instancia de “auto-revelación, es decir, que existe con el fin de decirle al hombre lo que es el hombre, diciéndole lo que el hombre ha hecho” (Ibíd.: 27), que se reconozca en los cantos gemebundos, en los actos heroicos, en los sucesos pérfidos, en el andar bucólico; en fin, que observe

la ceremonia del hombre a la inmortalidad. Esta situación acontece debido a que en la época de Heródoto la polis dependía de la continuidad de “las instituciones, leyes, contratos y expectativas. El paso del tiempo había tomado más relevancia” (Whitrow, 1990: 66).

Con ello, Heródoto concibe la extensión y la grandeza de la voluntad humana manifestada en los pueblos del sur del Mediterráneo, Asia, y el norte de África, y por esto, él se elevó sobre los logógrafos por la “extensión y la grandeza de su materia: no pretendía contar historias locales, sino la más grandiosa lucha de los pueblos desde la guerra de Troya” (Hoffmann y Debrunner, 1973: 173). Su objetivo es exponer la corona de laureles que fue brindada por Clío, con la que enarboló a los hombres más ilustres, para que el eminente lector anhele y se consagre de tan prestigiosa condecoración.

Doy mis más sinceras disculpas insigne lector, por la brevedad del escrito dedicado a un eminente historiador. El primero, como lo dictaminó Marco Tulio Cicerón en su obra *De Legibus* (Sobre las Leyes - 1,5), donde se dice que la verdad (*ad veritatem*) y la deleitación (*ad delectationem*) se concatenan con gran maestría para develar el acontecer humano, como dice el *Eclesiastés* (תְּהִלָּה – Qohelet - Ἐκκλησιαστής - *Eclesiastés*): “Todos los que han nacido, nacen para morir. Y todos los muertos para vivir de nuevo” (Garibay, 2010: 88). Afirmación que me permite finalizar tan parvo documento haciendo mío

el pensamiento del valenciano y humanista Juan Luis Vives: El padre de la Historia se llama Heródoto; fue el primero que al relato de los hechos, unió la elegancia y brillantez del lenguaje. Ciertamente contiene muchísimo de fabuloso, pero se disculpa por el título mismo de su obra que llamó *Musas*, indicando así que contaba con la libertad que a ellas se concede para obtener alguna compensación a la sequedad de las narraciones, distraendo con su estilo el ánimo del lector (Vives, 2004: 145).

▪ BIBLIOGRAFÍA

- Cantarella, R. (1971). La literatura- Grecia Clásica . Buenos Aires: Losada.
- Collingwood, R. G. (1988). Idea de la historia. México: Fondo de Cultura Económica.
- Garibay, Á. (2010). Sabiduría de Israel . México: Porrúa .
- Heródoto. (2011). Los nueve libros de la historia . México: Porrúa .
- Hoffmann, O., & Debrunner, A. (1973). Historia de la lengua griega . Madrid: Gredos.
- Jaeger, W. (1980). Paideia: Los ideales de la cultura griega. México: Fondo de Cultura Económica.
- Martínez , R. (2014). Historiadores e historiografía de la antigüedad clásica . México : Fondo de Cultura Económica .
- Ramírez , A. (2008). Heródoto: padre y creador de la historia científica. México: Universidad Autónoma de México.
- Schlögl, A. (2000). Heródoto . México: Ediciones Alderabán .
- Vernant, J.-P. (2011). Los orígenes del pensamiento griego. España: Paidós .
- Vives, J. (2004). Tratado de la enseñanza . México: Porrúa, México.
- Whitrow, G. J. (1990). El tiempo en la historia. España: Crítica .
- Xirau, R. (2010). Introducción a la historia de la filosofía . México: Universidad Autónoma de México.
- Zuñiga, P. (1997). Lecturas Áticas vol. II . México: Universidad Autónoma de México .